

Bienaventurados los pobres en espíritu

Vivir la pobreza según Dios: Parte segunda

Llamamiento del Papa Francisco

El papa Francisco, que ya se había dedicado a la pastoral en favor de los pobres en su patria, en Argentina, desde el comienzo de su ministerio como Papa nos está haciendo un llamamiento para que seamos “una iglesia pobre para los pobres”.

El fundamento de la evangelización consiste en que el evangelizador viva fielmente él mismo de acuerdo con el evangelio que proclama. Esto lo muestra el Papa con una enseñanza sin palabras, que brota resplandeciente de su interior y se manifiesta discretamente en su humildad evangélica, su vida austera y sencilla y la cercanía de su trato.

El cristianismo actual no puede permanecer insensible ante un serio cuestionamiento: ¿Está bien que una religión se dedique solo a la salvación propia e ignore a los pobres, mientras el mundo confronta el problema de la pobreza?

El significado del nombre de Francisco, elegido para sí por el Papa, nos habla de su identificación con los pobres y humildes, así como de su misión de dedicarse a la reforma de la Iglesia. Además, el papa nos invita a ser “Iglesia abierta al mundo” para aportar a todas las personas la alegría del Evangelio. Una Iglesia así ha de estar siempre, como él dice, “en salida”, con disponibilidad y vitalidad. Nosotros los cristianos estamos llamados a salir de la propia comodidad y atrevernos a llegar a todas las periferias que necesitan la luz del Evangelio (*Evangelii gaudium*, 20).

También en la diócesis de Kyoto deseamos responder a este llamamiento del Papa Francisco, sentir como propia la situación difícil de los más pobres y revisar la manera de vivir la espiritualidad de la Iglesia desde el punto de vista de los más pobres. El año pasado reflexionamos sobre la pobreza material. Este año consideraremos la pobreza espiritual. Os recomiendo leer la exhortación apostólica del Papa Francisco, *Evangelii gaudium*.

1. Fiarse de Dios en medio de situaciones de pobreza

(Pobreza en sentido espiritual)

“Bienaventurados los pobres en el espíritu, pues de ellos es el Reino de los Cielos” (Mt 5, 3). Los oyentes, a quienes se dirigió Jesús junto al lago de Galilea, para decirles que eran pobres bienaventurados, eran unas personas, que no solo eran pobres en el sentido material, sino que por su pobreza eran pisoteados y oprimidos por la sociedad, convertidos en seres impotentes, en situación de no poder vivir sin ayuda de su alrededor. Según la lógica mundana eran vistos como personas débiles y derrotadas, incapaces de alegrarse, sin sueños ni esperanzas, sin paz ni descanso en su corazón. Estos campesinos y pescadores de vida humilde, que jamás se habían considerado felices, se reunieron en torno a Jesús, poniendo en él sus esperanzas. Jesús, al ver a esa gente, exclamó (con signo de admiración en el original):

¡Qué felices son, estos pobres en el espíritu! El sentido de la expresión, traducida como “¡qué felices!”, es: “porque son bendecidos y agraciados por Dios”. Jesús, dirigiéndose a unas personas que estaban en una situación de ningún modo feliz si se la mira con perspectiva humana, se emociona y dice: “¡Cuán bendecida de Dios es esta gente!” La mayoría de los judíos de esta época sentía que no podían rebelarse contra el Imperio Romano que ocupaba opresoramente su patria y, aunque aspirasen a la justicia y salvación como los fariseos y juristas, al no poder cumplir todos los mandamientos, acababan creyendo ser personas sin posibilidad de salvación. Por eso no es extraño que se sorprendieran al verse considerados como bendecidos por Dios.

En el Sermón del Monte, según el Evangelio de san Mateo, la expresión “pobres de corazón”, que usa la Nueva Traducción Ecuménica en japonés, corresponde al “en espíritu” del original griego. Se puede traducir: “pobres en el espíritu”. La traducción franciscana dice: “los que reconocen su propia pobreza”. En los pasajes paralelos del evangelista Lucas (8, 20-26) se capta a los pobres en sentido material, contrastando con los ricos. En el evangelista Mateo se destaca el elemento espiritual en medio de la pobreza. Jesús, dirigiéndose a estos pobres que, precisamente a causa de su pobreza, carecían de apoyo mundano y solo podían depender de Dios, les consuela y anima, exhortándoles a confiar totalmente en Dios y diciéndoles: “Por eso estáis bien, mejor dicho, eso es lo que está bien, porque justamente vosotros podéis confiar en Dios Padre”. Tal es la pobreza espiritual que puede afirmarse desde la pobreza material. Nosotros deseamos pensar y profundizar sobre esta confianza en Dios que abrazan los pobres en espíritu.

2. Darse cuenta de la propia incapacidad

(Pobreza en sentido de descubrimiento)

En la época en que vivía Jesús, las personas que estaban satisfechas con la situación del sistema político establecido en aquel tiempo, no aceptaban las palabras de Jesús. Era casi imposible que personas ricas dependientes del poder autoritario y de las riquezas de este mundo tuvieran la actitud de corazón de apoyarse solo en Dios humildemente reconociendo la propia incapacidad. Jesús dice claramente: “Os aseguro que difícilmente entrará un rico en el Reino de Dios” (Mt 19 23-24). Cuando nos apegamos al dinero y la riqueza y centramos nuestra manera de vivir en la dependencia de ella, esta riqueza mundana puede convertirse en obstáculo para la salvación eterna de las personas.

Cuando san Francisco de Asís escuchó en la capilla de san Damiano la voz de Cristo crucificado: “Francisco, hijo mío, has de reconstruir mi iglesia”, puso manos a la obra de reparar la parroquia con recursos de su padre. Sin embargo, se dio cuenta de que la “reparación de mi iglesia” significaba recuperar el sentido de la bienaventuranza sobre los pobres tal como lo enseñó Jesús. Por eso llegó al fin a reconocer que toda su existencia estaba en manos de Dios Padre y dejó su vida cómoda y rica, en la que no carecía de nada, para seguir fielemente el camino del Evangelio. Y además, imitando al Cristo pobre, empezó a vivir en el amor a los pobres.

Desde la perspectiva de la salvación, la pobreza que debe percibirse como espíritu pobre en sentido negativo es la actitud de quienes no reconocen la propia incapacidad ante Dios.

Nosotros debemos caer en la cuenta de esta pobreza espiritual. Son precisamente felices quienes se percatan de ello. Es decir, lo que Jesús nos pide es que tomemos conciencia de la propia situación de pobreza espiritual. Reconozcamos de corazón que también nosotros tenemos limitaciones humanas, que no podemos nada por nosotros mismos para nuestra salvación, y pongámonos humildemente en manos de Dios con total confianza.

3. No justificarse a sí mismo

(Pobreza en sentido de conocimiento propio)

Para confiar plenamente en Dios en medio de nuestra pobreza, hay que reconocer la propia miseria y admitir que somos pecadores necesitados de la ayuda divina. Jesús contó la parábola del fariseo y el publicano contra quienes menosprecian a los demás y presumen de ser ellos mismos justos. Jesús alabó la actitud del publicano que oraba diciendo: “Señor, ten compasión de mí, pecador”. “Os digo que éste descendió a su casa justificado antes que el otro, porque cualquiera que se ensalza será humillado, y el que se humilla será ensalzado” (Lc 18, 9-14). También en otra ocasión, cuando una pobre viuda depositó como ofrenda en el templo dos blancas, desprendiéndose con generosidad de todo lo que poseía para su sustento, Jesús alabó su fé (Lc 21, 1-4).

El significado de la pobreza espiritual no es la autocomplacencia del fariseo, que confía demasiado en la propia justicia, sino el aprendizaje de la humildad del publicano, que no se justifica a sí mismo. San Pablo explicó que la humildad de Cristo consiste en vaciarse de sí mismo (*kenósis*, en griego) en la encarnación hasta la muerte en cruz. “Jesucristo, a pesar de su condición divina, no se aferró a su categoría de Dios; al contrario, se despojó de su rango y tomó la condición de esclavo, haciéndose uno de tantos” (Phil 2, 6-7).

Ahora bien, ¿qué podemos hacer nosotros, que somos pecadores, para imitar la “kenosis”, el salir de sí de Cristo que se vacía de sí mismo? En unión con Cristo crucificado. Reconociendo nuestra realidad débil, tal cual es, de esclavitud del pecado, oramos diciendo: “Señor, ten compasión de mí”, y ofreciendo a Cristo nuestro yo pecador, nos ponemos en sus manos confiadamente. No nos vaciamos de nosotros mismos por nuestra propia fuerza, sino que salimos de nosotros mismos al estar en Cristo. Con un corazón así de pobre, sin enorgullecernos ante Dios, buscamos la humildad que no se autojustifica.

4. Aprender de la riqueza de Cristo que se hizo pobre

(Pobreza en sentido cristológico)

Como el mismo Jesús dice, para asimilar la auténtica humildad, no hay otro camino que aprender del mismo Jesús. “Acercaos a mí todos los que estáis rendidos y abrumados, que yo os daré respiro. Cargad con mi yugo y aprended de mí, que soy sencillo y humilde:

encontraréis vuestro respiro, porque mi yugo es llevadero y mi carga ligera” (Mt 11, 28-30). Para comprender la pobreza espiritual hay que conocer al mismo Jesús. Jesús abandonó su gloria como Hijo de Dios. El Señor, aunque era rico, se hizo pobre y nos enriqueció con su pobreza (2 Cor 8, 9).

Esta es la opción por los pobres según Dios. Jesús pudo despojarse de sí mismo, porque tenía una riqueza interior dentro de sí. Jesús estaba apoyado completamente por la conciencia de estar siendo amado en la relación con Dios Padre. Por eso no necesitaba el apoyo exterior para mantenerse a sí mismo. Para sostener su mundo interior no tenía necesidad de ningún poder mundano, ni de riquezas materiales, estaba en todo momento en posesión de su propia riqueza interior.

Por consiguiente, la pobreza de Cristo es la pobreza de la ofrenda de sí mismo, vaciándose completamente de sí mismo. La abundancia de Cristo es la abundancia de quien se posee plenamente a sí mismo hasta el punto de entregarse a sí mismo por amor a Dios y al prójimo. Esta es la espiritualidad de la pobreza que nos muestra Jesús. El deseo de practicar la pobreza brota de la experiencia vivida de sentirse amado y protegido por Dios. Aprendamos también nosotros de la humildad y mansedumbre de Cristo a vivir la pobreza y la abundancia ante Dios.

5. Compartir la abundancia espiritual invisible

(Pobreza en sentido sacramental)

Cuando aprendemos la humildad de Cristo que se ha hecho pobre, no podemos olvidar la palabra estricta de Jesús: “No podéis servir a Dios y a las riquezas” (Mt 6, 24; Lc 16, 13). No dice que “no se debe”, sino que “no se puede”. Es decir, es incompatible el servicio a Dios con el servicio a la riqueza.

La palabra griega “Mammón”, que significa la riqueza, actúa para obstaculizar el camino del seguimiento de Cristo. Vivir de acuerdo con la espiritualidad de la pobreza según Jesús conlleva luchar contra “Mammón”, es decir contra lo que es buscar la estabilidad en la vida, el éxito, el poder, la fama, y cuanto nos hace mostrarnos a nosotros mismos como si fuéramos una existencia especial ante Dios y los hombres.

Sin embargo, hay un camino para rechazar con Mammón tales riquezas. También Pablo lo que dice no es que el dinero en sí mismo sea raíz del mal, sino amonesta para que evitemos el deseo desordenado de dinero, que es en lo que consiste la raíz del mal (1 Timoteo 6,10). La riqueza se convierte en un mal cuando se acumula; por eso, si se la comparte por amor, deja de ser “Mammón” y puede producir efectos positivos. Tenemos un ejemplo de ello en la manera como Pablo amonestó a la iglesia de Corinto por su manera de celebrar la eucaristía.

Si solo comparten unos pocos, a pesar de que haya quienes pasan hambre, entonces el pan también se convierte en pecado contra el cuerpo del Señor. (1 Corintios 11, 17-34). Sin embargo, si se reparte y comparte entre todos, se convierte en el cuerpo de Jesús y nos hace estar unidos en Él. Es decir, el pan, necesario para los seres humanos, se convierte en signo sacramental e instrumento de amor. El sacramento realiza el don invisible de Dios mediante signos visibles. Nosotros también, al compartir con todas las personas, con actitud cordial de amor, la abundancia material visible, participamos en el don de compartir la abundancia espiritual invisible.

6. Dejar de desear más y más cosas

(Pobreza en sentido práctico)

No somos propietarios de los bienes propios, sino administradores. “Por tanto, el hombre, al usarlos, no debe tener las cosas exteriores que legítimamente posee como exclusivamente suyas, sino también como comunes, en el sentido de que no le aprovechen a él solamente, sino también a los demás” (cf. GS 69). En efecto, según el principio del destino universal de los bienes materiales, las cosas tienen un valor social (*Catecismo católico*, 2402-2406). Por ello, no es por sí mismo pecado poseer riqueza en este mundo, pero hemos de reconocer que tener riqueza conlleva una responsabilidad seria ante Dios.

San Juan Crisóstomo lo recuerda vigorosamente: Si hay pobres, ello se debe a que hay quienes se apropian y reciben demasiado. Este “demasiado”, enseña el Crisóstomo, mientras no lo compartan con los pobres, seguirá siendo un robo. Lo que les sobra a los ricos, pertenece originariamente a los pobres, a los que se lo han robado (*Catecismo católico*, 2446). Dios debe ver, sin duda, con mirada exigente la actual desigualdad económica a escala mundial. Los seres humanos buscan éxito y placer, pensando solamente en sí mismos. Por eso, cuando poseen más bienes hacen un ídolo de ellos y caen en la ilusión de estar satisfechos. Finalmente, acaban por ser esclavos de sus propios bienes y, sin sentirse de ningún modo satisfechos, no pueden dejar de aspirar a tener siempre más. La práctica de la pobreza cristiana consiste en renunciar a ese deseo de tener siempre más. Es conocida la famosa palabra de Lao-Tsé: “Es rico quien sabe contentarse con lo suficiente”. Quien sabe contentarse así, es feliz y abundante espiritualmente, aunque sea pobre. Jesús dice: “Donde está tu tesoro, allí está tu corazón” (Mt 6, 21). Luchando contra el apego a las riquezas, y renunciando al deseo de tener más, se libra uno de la visión egoísta de la vida y de la propia vanidad. Entonces se origina en el interior del corazón de esa persona un lugar para los pobres y débiles. Se los ve como hermanos y hermanas “más excelentes que uno mismo” (Phil 2,3) y brota espontáneamente el deseo de tratarlos bien. Hagamos examen de conciencia como cristianos para comprobar si hay en nosotros esa actitud de querer tener siempre más.

7. Dar más que recibir

(Sentido salvífico de la pobreza)

Un joven rico pregunta a Jesús: “¿Qué hacer para heredar la vida eterna?” Jesús contesta: “Una cosa te falta. Ve, vende todo lo que tienes y dalo a los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo, después ven y sígueme (Mc 10, 17-22). No hay respuesta a la pregunta sobre qué hacer para salvarse. Solo está en nuestra mano recibir el reino de Dios como don de gracia. Una de sus condiciones es renunciar al apego a las riquezas. La conversión al cristianismo empieza por darse cuenta de que “nos falta algo”. Notar la propia carencia significa superar la dimensión del deseo de hacer algo y la dimensión de la obligación de hacerlo, y despertar al mundo del amor.

El amor no se realiza en un mundo que vaya satisfaciendo los propios deseos. El amor es algo que nace desde dentro de la propia voluntad libre en la acción de entregarse a sí

mismo a los demás con alegría. Seguro que el joven rico, al conocer la entrega de Jesús en cruz, reconoció que Jesús había vivido en ese mundo de amor.

Los fieles japoneses de la era cristiana, como Takayama Ukon, estaban familiarizados con los *Ejercicios espirituales* de san Ignacio. Ellos habían asimilado bien como estilo de vivir, según los Ejercicios, que entregar los propios bienes a los pobres es la auténtica pobreza y que poner la propia voluntad en manos de Dios es la pobreza espiritual de corazón (*Ejercicios*, 98, 146, 147). Se sentían atraídos por un modo de vivir sencillo para poder heredar el Reino de Dios como si fueran niños, haciéndose pobres en el espíritu. San Pablo nos ha dejado esta palabra: “Hay más dicha en dar que en recibir” (Hechos 20, 35). Aprendamos también nosotros a usar correctamente los bienes, sean pocos o muchos, poniendo el acento en la vida ordinaria más en el dar que en el recibir.

8. Vivir asumiendo las ansiedades

(Pobreza en sentido sintético)

Sería feliz una vida sin ansiedades o incertidumbres. Jesús dice: “No andéis preocupados por la vida pensando qué váis a comer o beber, ni por el cuerpo, pensando con qué váis a vestir (Mc 6, 25). Normalmente nos agobiamos por la vida cotidiana. Por supuesto, no hay quien no sienta ansiedad en su vida. En cierto sentido, las personas viven en ansiedad y, para abordarla, actúan de diversas maneras. Por miedo a la ansiedad se hacen insensibles o desisten de tranquilizarse, hacen por suprimir la ansiedad o se defienden contra ella. Sin embargo, en el cristianismo, en vez de suprimir la ansiedad, se piensa que hay un camino para asumir la ansiedad tal cual es. En vez de obsesionarse con la ansiedad, se la valora correctamente. Recordamos las palabras de Jesús: “Mirad las aves del cielo, que no siembran ni siegan, ni almacenan; y, sin embargo, vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No valéis vosotros mucho más que ellas? (Mt 6,26). Los seres humanos pueden vivir tranquilamente apoyados en la relación de amor con Dios, cuando creen que son vidas dignas creadas y cuidadas por Dios. Así lo refleja aquella sonrisa de la beata Madre Teresa. Encontremos también nosotros alegría y fuerza de vivir, asumiendo la ansiedad en la vida ordinaria y aceptando depender de Dios, en vez de los apoyos materiales exteriores.

9. La fe que vive para los pobres

(Pobreza en sentido crítico)

Parece que Japón, tras superar la pobreza de postguerra, embriagado por la llamada “burbuja económica” de la era de Heisei, ha llegado a ser una sociedad económicamente próspera. Sin embargo, al penetrar el materialismo real en todos los campos de la vida, queda desolado el espíritu de las personas, que hoy ya no encuentran valor en vivir pobremente. Se desea además una vida cada vez más llena de placeres, se busca de manera egoísta éxito y poder, e interesa solamente la propia realización, aunque sea pisando a los demás. En esta época en que vivimos, ¿No se estará convirtiendo nuestra fe cristiana en una fe de solo nombre, que solamente se apoya en Dios para buscar la propia consolación y la satisfacción de los propios deseos?

Jesús confrontó en las tentaciones del desierto la seducción para convertirse en un mesías mundano de acuerdo con Mammón (Mt 4, 1-11). Sin embargo, respondió: “No solo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios” (Mt 4,4), y así superó la tentación. Jesús busca continuamente la voluntad del Padre, aunque se encuentra con el sufrimiento de la incomprensión y la humillación. Esta es la lucha de Jesús contra el demonio. Y así es como Jesús vivió realmente la pobreza.

La pobreza espiritual no es una bella virtud estática, sino una lucha dinámica y espiritual. Elegir por su propia voluntad la pobreza espiritual es una gran desafío para la fe cristiana. Lo importante de esa prueba es que la opción de ser pobre sea para seguir a Jesús y, a la vez, sea una opción por los pobres. Busquemos también cada uno de nosotros vivir para los pobres y que, como nos pide el Papa Francisco, seamos una “Iglesia para los pobres”.

10. Unidos a los demás en medio de la pobreza

(Pobreza en sentido comunitario)

Es diferente lo que una persona tiene y la presencia tal cual de dicha persona. Sin embargo, puede decirse que lo que esa persona da, representa su personalidad. La persona, aunque no tenga nada, puede darse a sí misma. En ese caso, coincide lo que la persona da y lo que la persona es. Así es como la pobreza crea una buena condición para nuestro apoyo mutuo y unidad. En efecto, cuando se tiene algo, se puede darlo; pero cuando no se tiene nada, solo puede uno darse a sí mismo. Solo en ese momento se puede amar verdaderamente a las otras personas y compartir con ellas. Por el contrario, si uno tiene más cosas, ello puede dar lugar a la separación entre las personas. Las personas que reciben se encuentran en posición más baja que las que les dan. Mientras las personas que tienen más no se hagan pobres, la actitud de dar se convierte en solo mostrar el propio poder. Cuando damos desde dentro de nuestra pobreza, entonces surge la vinculación justa con los demás. De los fieles de la iglesia primitiva se decía que “ todos los que habían creído estaban juntos y tenían en común todas las cosas” (Hechos 2, 44-45). Cuando la pobreza espiritual es elegida, no solo por una persona, sino por una comunidad de hermanos y hermanas, entonces se puede compartir la pobreza espiritual en la comunidad como fruto de su manera de vivir. Por el contrario, no tiene ningún sentido la pobreza material si no conlleva la pobreza espiritual, ni para la comunidad, ni para cada miembro. Sigamos eligiendo por propia voluntad, tanto en las comunidades religiosas como en las de las parroquias, la pobreza espiritual, para que seamos una iglesia para los pobres.

11. Rezar al Espíritu Santo pidiendo la gracia de la humildad

(Pobre en el sentido de la espiritualidad)

“Porque el amor al dinero es el origen de todos los males, el cual, codiciándolo algunos, se extraviaron de la fe y fueron traspasados por muchos dolores” (1 Timoteo 6, 10). San Pablo notaba bien que las personas que no dejaban el deseo de dinero perdían la fe. San Agustín dice así: “ ¿Qué tienen los ricos, si no tienen a Dios? ¿Qué les falta a los pobres, si tienen a Dios?” Desde la mirada de Dios, la riqueza mundana es pobreza que no tiene valor y,

en cambio, la pobreza espiritual se convierte en riqueza con valor ante Dios. “El Espíritu del Señor está sobre mí, por eso me ha enviado a dar la Buena Nueva a los pobres”. Jesús se dio cuenta de su misión como evangelizador de los pobres por el Espíritu del Señor. Nosotros podemos sentirnos atraídos por la recomendación evangélica de la pobreza y aceptarla espontáneamente con alegría.

Cada uno deberá decidir lo que puede hacer para vivir la pobreza en la vida cotidiana. La invitación a la pobreza no es una obligación impuesta por Dios, sino una invitación del Espíritu que nos anima. El Espíritu Santo nos hace darnos cuenta de que en la vida cotidiana se encuentra a Jesús pobre y para seguirlo nos hace abandonar los deseos e idolatría del dinero y finalmente nos hace elegir la sobriedad de vida evangélica. Además, nos da la paz y alegría que solamente nos puede dar Dios, que es amor eterno. Por eso rezamos al Espíritu Santo para vivir en pobreza espiritual imitando la humildad de Cristo siempre con la mente abierta y no dependiendo de nuestro propio conocimiento o de nuestra propia experiencia.

Magnificat

No hay otra palabra más clara que la de “pobreza”, para expresar claramente la actitud, opción y acción del mismo Jesús. La palabra de Jesús: “Bienaventurados los pobres en espíritu” fundamenta nuestra relación con Dios, orienta nuestra relación con los bienes materiales y con los pobres. Hay una cierta vinculación entre la pobreza y la evangelización. Dios espera que la Iglesia anuncie la Buena Noticia a los pobres. La pobreza evangélica es condición básica para expandir el Reino de Dios.

El Papa Francisco insiste en que la evangelización de hoy se realiza primariamente mediante la difusión de la alegría. La alegría del Evangelio surge de la pobreza en el espíritu capaz de alegrarse y sorprenderse ante las obras de Dios. “Engrandece mi alma al Señor y mi espíritu se regocija en Dios mi Salvador, porque ha mirado la humilde condición de su sierva. Por eso desde ahora me llamarán dichosa todas las generaciones” (Lc 1, 47-48). Magnificat, el canto de la Virgen, es un canto que vive la bienaventuranza. Recemos para tener ánimo de ser felices viviendo en la alegría evangélica con la ayuda de la Virgen que es la madre de los pobres y estrella de la nueva evangelización.

2015, enero, 1, Fiesta de María, Madre de Dios